

ma ceguedad hace inevitable esa catástrofe, y hace buenos aquellos tremendos oráculos.

Edipo sabe que mató á aquel hombre en aquella senda; pero su conciencia está tranquila, porque su padre era Polibio: Polibio estaba mui léjos de allí, y bel que murió á sus manos era desconocido y extranjero. Los judíos saben que mataron al hombre de Nazareth: saben que le pusieron en una cruz en el Monte Calvario, y que le pusieron entre dos ladrones para mas escarnecerle; pero su conciencia está tranquila: su Dios habia de venir, pero aun estaba léjos: su Dios habia de ser conquistador y rei, y habia de rugir como el leon de Judá; miéntras que el hombre de la cruz habia nacido en pobre lugar, de padres pobres, y no habia encontrado una piedra en donde reclinar su frente.—“Si eres hijo de Dios, ¿porqué no bajas de la cruz?”—dijo el pueblo judío.—“si el que murió á mis manos me habia dado el ser, ¿cómo al darle la muerte no saltó el corazon en mi pecho? ¿Cómo es que no me habló la voz de la sangre?”—esto dijo el rei parricida.—Y el pueblo matador de su Dios, y el hombre matador de su padre se complacieron en su sagacidad, y escarnecieron á los oráculos, y se mofaron de los profetas.

Pero la divinidad implacable, que calladamente está en ellos y obra en ellos, los empuja para que caigan, y quita la luz de sus ojos para que no vean los abismos. Ambos se hallan poseidos de súbito de una curiosidad inmensa, sobrehumana. Edipo pregunta á Yocasta, pregunta á Tiresias, pregunta al anciano que sabe su secreto:—“¿Quién es el hombre de la senda? ¿Quién es mi padre? ¿Quién soi yo?”—El pueblo judío preguntará Jesus:—“¿Quién eres? ¿Eres por ventura nuestro Dios y nuestro rei?”—El drama aqui comienza á ser terríbilísimo: no hai pecho que no sienta una opresion dolórosa, inexplicable, increíble; ni frente que no esté bañada con sudores; ni alma que no desfallezca con angustias.

Entretanto, la cólera de los dioses cae sobre Tébas: la peste diezma las familias y envenena las aguas y los aires. El cielo se deslustra, las flores pierden su fragancia, los campos su alegría. En la populosa ciudad reina el silencio y el espanto, la desolacion y la muerte. Las matronas tebanas discurren por los templos, y con votos y plegarias cansan á los dioses. Sobre Jerusalem la mística, la glotiosa, cae un velo fúnebre: por aqui van santas mugeres que se lamentan; por alli discurren en tumulto muchedumbres que se enfurecen. Todas las trompetas proféticas resuenan á la vez en la ciudad sorda, ciega y maldita, que lleva al Calvario al Justo.—“Una generacion no pasará sin que vengan sobre vosotros, matronas de Sion, tan grandes desventuras, que seréis asombro de las gentes: ya, ya asoman por esos reproches las romanas legiones: ya cruzan por los aires, trayendo el rayo de Dios, las águilas capitolinas. Jerusalem! Jerusalem! ¡Ay de tus hijos! porque tienen hambre y no encuentran pan, tienen sed y no encuentran agua; quieren hacer plegarias y votos en el templo de Dios, y están sin Dios y sin templo; quieren vivir, y á cada paso tropiezan con la muerte; quieren una sepultura para sus cuerpos, y sus cuerpos yacen en los campos sin sepultura, y son pasto de las aves.”

Edipo sale de su alcazar para consolar á su pueblo moribundo, y gobernando los dioses su lengua, los toma por testigos de que el culpable será puesto á tormento y echado de la tierra: lanza sobre él anticipadamente la excomunion sacerdotal; le maldice en nombre de la tierra y del cielo, de los dioses y de los hombres, y carga su cabeza con las execraciones públicas. El pueblo judío, tomado de un vértigo caliginoso, poseido de un frenesí delirante, puesto debajo de la mano soberana que le anubla los ojos y le oscurece la razon, y ardiendo en la fragua de sus furores, exclaman diciendo: *Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.*

¡Desventurado pueblo! ¡Desventurado rei! Ellos pronuncian su propia sentencia, siendo á un tiempo mismo jueces, víctimas y verdugos. Y despues, cuando los oráculos bíblicos y los delfeos se cumplieron, los torbellinos arranean al pueblo deicida de la tierra de promision, y el parricida huye del trono de Tébas.

Edipo fué horror de la Grecia: el pueblo judío es horror de los hombres. Edipo caminó con los ojos sin luz, de monte en monte y de valle en valle, publicando las venganzas divinas: el pueblo judío camina, sin lumbré en los ojos y sin reposarse jamas, de pueblo en pueblo, de región en región, de zona en zona, mostrando en sus manos una mancha de sangre, que nunca se quita y nunca se seca. Prefirió la lei del talion á la lei de la gracia; y el mundo le juzga por la lei que él mismo se ha dado: dió bofetadas á su Dios, y ha ya diez y nueve siglos que está recibiendo las bofetadas del mundo: escupió en el rostro de Dios, y el mundo escupe en su rostro: despojó á su Dios de sus vestiduras, y las naciones confiscan sus tesoros, y le arrojan desnudo al otro lado de los mares: dió á beber á su Dios vinagre con hiel, y con beber en ella á todas horas el pueblo deicida, no consigue apurar la copa de las tribulaciones: puso en los hombros de su Dios una cruz pesadísima, y hoy se inclina su frente bajo el peso de todas las maldiciones humanas: crucificó, y es crucificado. Pero el Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob, al mismo tiempo que justiciero, es clemente: miéntras que los dioses ningun otro consuelo dejaron á Edipo sino su Antígona, el Dios que murió en la cruz, en prenda de su misericordia, dejó á sus matadores la esperanza.

Entre las tragedia de Sófocles y esa otra tragedia sin nombre y sin título, cuya maravillosa grandeza acabo de exponer á vuestros ojos con toda su terrible magestad hai la misma distancia que entre los dioses gentiles y el Dios de los hebreos y los cristianos; la misma

que entre la Fatalidad y la Providencia: la misma que entre las desdichas de un hombre y las desventuras de un pueblo, que ha sido el mas libre de todos los pueblos y el mas grande de todos los poetas.

He terminado, señores, el cuadro que me habia propuesto presentar ante vuestros ojos: si os parece bello y sublime, su sublimidad y su belleza están en él, como trazado que ha sido por el mismo Dios, en la larga y lamentable historia de un pueblo maravilloso: si en él encontrais grandes lunares y sombras, esas sombras y esos lunares son míos: por ellos reclamo vuestra indulgencia; vuestra indulgencia, señores, que nunca ha sido negada á los que, como yo, la imploran, y á los que, como yo, la necesitan.



0070